

La Palabra Libre

Periódico republicano de cultura popular

Los originales que no hayan sido pedidos no se devuelven. De los artículos firmados responden sus autores.

Madrid, 18 de Diciembre de 1910

La correspondencia a la Administración:
TESORO, 7, PRAL.

AMADEO I, por D. Benito Pérez Galdós

XXVII

Sin discusión fueron aprobadas la renuncia del rey y la respuesta ó responso que le dieron las Cortes al asumir todos los poderes. A Palacio acudió una Comisión, presidida por Rivero, la cual debía poner en manos de S. M. dimisionaria los tiernos adioses de la *tan noble como desgraciada España*. En el acto palatino, que, según me dijeron, fué solemne y triste, Rivero, con la trémula voz de un cíclope conmovido, pidió al rey y á la reina el honor de estrecharles la mano, y no hay que decir que tal honra les fué cordialmente otorgada. Los reyes dijeron para sí: «*Adiós, mundo amargo.*»

Primer trámite del Parlamento, después de lo relatado, fué la renuncia del Gobierno, que ya estaba como el alma de Garibay. Inmediatamente se presentó la proposición pidiendo que se proclamase la República. El debate fué ordenado y serio, sin más acritud que el corto pero grave altercado entre Martos y Rivero. Este, movido de su temperamento irascible y despótico, exigió con dureza á los que fueron ministros de D. Amadeo que ocuparan interinamente el banco azul. Saltó Martos de su asiento, como enconada fierecilla, y, con aplauso del Congreso, dijo entre otras cosas: «No está bien que empecen las formas de la tiranía el día en que se despiden el poder monárquico.» Estas palabritas hirieron á D. Nicolás en lo más vivo, obligándole á descender, con runflante protesta, del sitial augusto... ¡A votar, á votar! *Doscientos cincuenta y ocho votos contra treinta y dos* decidieron que España no era ya monarquía, sino República. *Laus Deo.*

Procedióse á elegir Poder Ejecutivo. He aquí el primer Ministerio de la República: Presidencia, Figueras.—Estado, Castelar. Gobernación, Pi y Margall.—Gracia y Justicia, Salmerón (D. Nicolás).—Hacienda, Echegaray.—Guerra, Córdova.—Marina, Beránger.—Fomento, Becerra.—Ultramar, Salmerón (D. Francisco). Cuatro de estos señores pasaron de ministros de D. Amadeo á ministros de la República, con la corta pausa de un trámite parlamentario. Martos vitoreó calurosamente á la República, á la integridad de la Patria y á Cuba española, y Figueras anunció días de ventura bajo un régimen de concordia, paz y libertad... El cambio de instituciones, que parecía mutación teatral con subir y bajar de telones pintados, fué acogido por el pueblo con alegría más expansiva que escandalosa. Las multitudes que invadían las calles próximas al Congreso se difundieron, fraccionándose. El más nutrido destacamento fué á parar á la Puerta del Sol, irradiando su ardor patriótico con vitores, cánticos, músicas y desahogos inocentes, sin molestar á nadie ni llegar á las tonalidades demagógicas. En Antón Martín el tumulto fué más vivo, y aparecieron banderas aparejadas precipitadamente por ciudadanas, en quien se juntaban el republicanismo y la majeza. En la plaza de la Cebada, en Maravillas, San Gil y demás puntos estratégicos de las expansiones ma-

drileñas, el entusiasmo no traspasó los límites de la moderación. Ello fué como un plácido regocijo lugareño, festejando *la traida de aguas* ó la elección de un alcalde muy querido en la localidad.

Con puntualidad absolutamente espontánea, pues no mediaron órdenes ni avisos, aparecieron iluminados casi todos los balcones de Madrid en la noche del 11 al 12 de Febrero. Obdulia y yo recorrimos algunas calles, y en las de Alcalá y Arenal contemplamos las lucecitas balconarias, haciendo de todas ellas recuento y análisis. Eran como letras, palabras y conceptos de una página histórica, escrita con hachones y farolillos. Sin más auxilio que nuestro cri-

terio y el conocimiento en cierto modo advinatorio que teníamos del vecindario madrileño, leímos aquella página y la diputamos por vergonzosa y repugnante. Las casas de los republicanos, que eran los legítimos triunfadores en la jornada del 11 de Febrero, estaban á oscuras, y, en cambio, los palacios aristocráticos, las moradas de las damas católicas y de los señorones alfonsinos y carlistas brillaban con espléndido alumbrado, signo de lisonjeras esperanzas. Mayormente nos escandalizó la cínica refulgencia de las casas donde se albergaban los corifeos del viejo progresismo, que hasta el día 10 fueron cortesanos y servidores de D. Amadeo.



Pasando junto al teatro Real, en dirección de la plaza de Oriente, me tocó en la espalda, llamándome por mi nombre, una mujer enlutada, cubierto el rostro de negro velo. Por la voz conocí a Graziella, y rogándole que abandonara el tapujo, le dije: «Numen de Italia, ¿también tú nos dejas?»

—Bien quisiera volver a mi Patria—contestó la ninfa con voz tremante—. Esta patria postiza me rechaza. ¡Oh, España!... *Vedo l'armi, vedo le mure, ma la gloria non vedo.*

—Hechicera del Arno y Tiber, hija del cardenal Fieramosca, ¿quién te trajo a España?

—Me trajeron diez años ha unos pobres coristas de ópera. Era yo mocita cuando mis padres rebuznaban, en este teatrón, los corales del *Moisés* y de *La Garza Ladrada*. Ya sabes lo que fui cuando abandonada de mis padres me metí en la vida *traviatesca*. Mucho he visto, mucho aprendí en esta tierra de la ingeniosa picardía... Dragonetti me conoce bien. Voy a Palacio a despedir a unos parientes míos que moran en las alturas, los rufianes del rey. Quiero dar a todos mis tiernos adioses.

—Sigue mi consejo, Graziella, y vete con los de tu raza.

—No puedo, queridos amigos Tito y Tita; que en Madrid he de quedarme al cuidado de mi anciano protector y amigo del alma don Hilario. A proceder así me mueve con mi cariño la ambición intensa que me llena toda el alma. ¿Sabes lo que ambiciono?... No te rías... Aspiro a que vosotros, los locos de la Federal, hagáis obispo al sacerdote más ilustrado y virtuoso que existe en las Españas miserables. Con el oro y la plata de mis ahorros le he comprado ya la mitra y báculo... Dentro de pocos días adquiriré un magnífico pectoral que he visto en el Monte y un soberbio anillo, que espero besaréis con devoción tú y todos tus compinches... En fin, apresurad el paso, que yo tengo prisa. Si queréis entrar en Palacio, venid conmigo.»

En esto nos hallábamos frente a la inmensa mole de la casa de los reyes, huraña y oscura, contrastando lúgubramente con las luminarias de la Burguesía enfatuada y de la Aristocracia enloquecida.

XXVIII

Momentos después, mi Tita y yo, por virtud del poder milagroso que llevábamos en nuestras almas, nos convertíamos en gatillos diminutos y recorriamos, con jugueteo y brincos invisibles, la Saleta, la Antecámara y Cámara y otras regias estancias. Un hado benéfico, protector de nuestro sagaz espionaje, nos permitió ver el solemne desfile, que era fin y principio, engarce o eslabón entre dos interesantes etapas históricas. Delante iban damas y palaciegos rodeando a las servidoras que conducían a los dos niños mayores, Manuel Filiberto, ex príncipe de Asturias, de cuatro años de edad (1), y Víctor Manuel, de tres años y dos meses (2). Seguía el ama que llevaba en brazos al ex infante Luis Amadeo Fernando, nacido en Madrid el 29 de Enero: su edad, catorce días (3). En torno a esta criatura se agrupaban los marqueses de Dragonetti y otras personas de alta jerarquía, italianas y españolas. Detrás iba D. Amadeo, grave y sereno, sin expresar pena ni alegría, vestido de viaje. La corona y atributos monárquicos se habían quedado en el suelo del despacho del rey, al pie del retrato de María Luisa.

Daba el brazo el monarca dimisionario a su digna y santa esposa doña María Victoria, envuelta en pieles. No se le veía más que el rostro pálido, con marcadas huellas de dolencia reciente. No parecía pesadosa de abandonar la colosal vivienda, que fue para ella lugar de ansiedad y martirio. A los que fueron sus servidores, despedía con sonrisa graciosa y afable. Creímos que les decía: «No me llevo más que lo mío, mi marido y mis hijos. Os dejo todo lo vuestro, una corona que no ambicioné y un título de reina que no fue para mí más que una palabra vana.»

Rodeaban a los reyes personas finchadas de éstas que llaman hombres públicos. No transcribo nombres porque no estoy bien seguro de acertar en mis designaciones.

(1) Hoy duque de Aosta.

(2) Hoy conde de Turin.

(3) Hoy duque los Abruzzos, explorador del Polo Norte.

Había entre ellos algunos militares que, en ocasión distinta, enumeré en estas páginas. Confundido entre la turbamulta, y como si quisiera ocultar con su persona su desconsuelo, iba Ruiz Zorrilla, con luto y resignación en su rostro macilento. En la cola de la procesión vi a mi adorada señora Muriclio, tan grande, que no había techo de suficiente altura para su figura majestuosa. Vestía la clámide griega, calzaba el coturno y ceñía su frente la diadema, cuyos reflejos iluminaban el Espacio y el Tiempo. Su rostro clásico, sus labios mudos y sus ojos divinos, decían: «Al fin encontré la página hermosa. Ahora soy quien soy.»

El momento más triste y grandioso de aquel éxodo fue el descender de la comitiva por la Escalera de Honor, entre alabarderos rígidos, sin música ni voces que turbaran el fúnebre silencio. Sólo el rumor de las pisadas marcaba el lento caminar de una época, declinando hacia los senos del tiempo que traen la sanción de los actos y el juicio de la Historia.

Y nada más... Se oscureció la escalera, se oscureció el Palacio, apagóse el ruido de las pisadas. Nos vimos envueltos en tinieblas de panteón...

FIN DE AMADEO I

Santander-Madrid, Agosto-Octubre 1910.

Sin tiempo para leer con el detenimiento que merece el último Episodio Nacional de D. Benito Pérez Galdós, nos concretamos hoy a reproducir una de sus hermosas páginas.

En breve haremos, de la obra y del autor, un juicio que, si no una firma prestigiosa que lo autorice, tendrá el mérito de la sinceridad.

Enemigos de España:
Los curas.
Las instituciones.
Los aranceles.
Los charlatanes.



A CAPITULO, HERMANOS



Venid acá un momento y no me aturdáis con el ¡viva Lerroux!, ¡viva Soriano!, ¡viva Salillas! ó ¡viva don Gomisindo! Por mí, que vivan todos y que vivan bien, porque el vivir mal no es vivir, y lo sé por experiencia.

Sujetad un momento vuestros entusiasmos, aguijad vuestra razón y vamos a pensar en nosotros, en nuestro partido, en nuestro pueblo, en Europa, en la Historia... si queréis; tal vez no queráis. Yo comprendo que es más divertido ir a un mitin y escuchar a Doroteo de las Mozas, que protesta de la *barca de Algete*, ó al *Tipis* que puede daros la *reprisse* de su memorable discurso:

«Ciudadanos: Yo soy zapatero, republicano federal y sordo; pero estoy con los progresistas, porque me gusta el jefe. Hi dicho.»

Esto es más divertido; pero seamos formales por una vez.

Desde hace treinta y siete años, el partido republicano español asumió el deber de luchar por la restauración de la República, y, en conciencia, hemos de confesar que no lo ha cumplido.

Algunos de nuestros caudillos pretéritos lucharon bravamente. Otros conspiraron en forma teatral, dejándonos el ridículo legado de algunos héroes de casino y comité. Pero ninguno supo unir voluntades ni organizar una falange capaz de cumplir el deber sagrado que el partido republicano asumió.

El pueblo ha estado siempre dispuesto a todo y unido por el entusiasmo. Mil veces derramó su sangre con el pretexto de unas elecciones infecundas. Y desde hace treinta y siete años, los jefes vienen siendo el dique opuesto al desbordamiento de esta preciosa actividad.

Tan divididos como hoy, al parecer, lo estamos, al parecer también lo estábamos cuando nos llamó Nakens a la Asamblea del Lírico, y allí se hizo una unión tan estrecha, tan sólida, tan poderosa, que a la salida del teatro pudo haber proclamado con éxito la República.

La Historia ha de exigir a aquella Unión Republicana estrechas responsabilidades.

Y si entonces nos unimos, ¿cómo no hemos de poder unirnos ahora, cuando menos para ver que hemos perdido lastimosamente el tiempo y que con nuestros desaciertos estamos privando a nuestro país de una República a la que tiene derecho indiscutible?

En el campo de batalla no se discute la forma en que han de administrarse las conquistas, y por esta razón es absurdo el hablar ahora de programas. Las Cortes constituyentes nos lo darán hecho.

Desde otro punto de vista, las derechas, los partidos conservadores, dentro de la legalidad republicana, no pueden nacer lógicamente hasta después de que los partidos radicales hayan creado instituciones, leyes y costumbres; es decir, hasta diez ó doce años después de instaurado el nuevo régimen. ¿A qué, pues, hablar ahora de izquierdas ni de derechas? ¿Es admisible

que haya quien, sin estar loco, pretenda erigirse en conservador de lo que no ha nacido?

Y si esto es lo que nos divide, y lo que nos divide no tiene razón de ser, ¿por qué no hemos de unirnos estrechamente?

Pero entendido bien, que unimos para luchar definitivamente por la República, para vencer ó morir en la contienda, no es formar un partido más que se llame de Unión ó de Conjunción ó de intersección ó de mangoneo electoral; unimos para traer la República, sería quemar todos los programas, disolver todos los partidos, licenciar a todos los jefes y organizarnos en guerrillas, ya que este sistema se adapta más a nuestro temperamento y a la configuración del suelo español, y está más de acuerdo con nuestro lastre histórico.

Para realizar y sostener esta unión sería preciso huir de las Cortes, de las Diputaciones y de los Ayuntamientos.

Abstención de intervenir en la vida oficial de la monarquía.

Cerrar los círculos y los casinos.

Disolver las Juntas y los Comités.

Renunciar a los gritos callejeros, a las manifestaciones, a los banquetes y a los mítines.

Hablar pocas palabras y cambiar muchas señas y muy expresivas.

Yo comprendo que para todo esto se necesita una gran abnegación, que en la vida tanta importancia como la parte física tiene la parte práctica, y que es muy duro renunciar a prebendas y a sinecuras para armarse de punta en blanco y salir por los campos de Montiel a batir gigantes que puedan resultar cueros hinchados; pero quien no sea capaz de este sacrificio, que nos deje solos a los ilusos, a los Quijotes, a los inadaptados y busque la satisfacción de sus concupiscencias por otros derroteros fuera del campo republicano.

Precisamente en España quien ame la tranquilidad y el ocio abiertas tiene las puertas del convento, y quien viva esclavo de su vanidad, observe cómo se puede llegar a ser ministro sin talento, sin cultura y sin virtud...

A capítulo, republicanos; meditemos un punto sobre el cambio de procedimiento que se impone.

La juventud, por mi pluma, os dice que no quiere papel en esta farsa; que el pueblo está unido y dispuesto para la gran empresa de restaurar la República en España y que de ningún modo quiere entrar en la madurez y el positivismo de la vida sin antes haber hecho una tentativa noble y digna en servicio del ideal que profesa.

E. BARRIOBERO Y HERRAN

Para Maura y Lacierva:

«Desde un punto de vista general, Cánovas del Castillo ha observado que «desaparece» de los pueblos el patriotismo tan pronto como se convencen de que no son bien administrados, que no son gobernados como tienen derecho a esperar.»—Joaquín COSTA.

HACE FALTA CONDENAR Á MUERTE POLÍTICA DE IDEAS

por Ramón Sánchez Díaz

Maeztu habló hace unos días en el Ateneo y dijo muchas cosas fuertes. Sin embargo, hacen falta conferencias más ardientes aún. Estamos materialmente deshonrados desde la catástrofe colonial, y no hay otro camino, para volver á ser honrados, que el de la revolución.

Estaba Moret á mi lado, en la conferencia de Maeztu. Y me acuso de no haber gritado á la concurrencia: «Este señor es sabio, el que dicen; pero maldita sea su sabiduría que ha sido una peste. Echémosle de entre los que amamos santamente á la patria.»

Pero la característica española, dígame lo que se quiera, háganse las filosofías que se hagan, es la cobardía. Por ruines no nos atrevimos á ahorcar á los culpables de la catástrofe colonial.

Hacen falta conferencias más ardientes todavía, aunque sean menos sabias. Palabras de acero que rajen corazones. Estamos diciendo: «Hablemos en prudente para que tengan confianza las clases altas y las clases neutras.» Pues bien, esas clases, que no han tenido el sentimiento de la trágica inferioridad española, acéfalas, sin corazón, sin honor, no merecen palabras suaves y prudentes. Deben ser amarradas al carro de la revolución y obligadas á obedecer, á callar, á llorar y á educarse en los deberes patrios.

¡Muera esa prudencia que no ha hecho ni un solo prosélito de honorabilidad patriótica y humanitaria!

Lo de Grandmontagne está bien: «Un metro de sangre...»

Lo de Grandmontagne y esto: «Para dignificarnos, limpiarnos el espíritu de la deshonra de la catástrofe, de la inferioridad nacional y del incumplimiento del deber de haber hecho justicia de horca, hace falta condenar á muerte á los vivos que no la han pagado y desenterrar á los muertos, que murieron indebidamente en la cama, para fusilar también sus restos...»

R. SANCHEZ DIAZ

La libertad de enseñanza

Entre las conquistas del pensamiento europeo, durante el siglo XIX, ninguna tan preciosa como la libertad de enseñanza. Haciendo escuela, se hace patria. Es, quizá, de la única manera que se hace patria. Apesta ya de puro manida la célebre frase: «en Sedán vencieron los maestros de escuela alemanes». Esta frase expresa perfectamente el influjo espiritual de la escuela en la vida de los pueblos; pero aún habría que rectificar esa frase (ó, mejor dicho, ampliarla), diciendo que el día en que los maestros de escuela sean verdaderos filósofos, no tendrán necesidad de vencer en Sedán... porque no habrá Sedán, ni Waterloo, ni Austerlitz, ni Jena posibles. Otumba, Pavia, Lepanto y San Quintín habrán sido borrados de la memoria de los hombres; y no se recordará con júbilo á Julio César, á Aníbal, á Napoleón, sino á Curie, á Edison, á Metchnikoff, á Tolstoi y á Ehrlich.

La escuela libre es, pues, la piedra angular, el basamento de la sociedad del porvenir. Liberemos, pues, la escuela; neutralicémosla; hagamos escuela racionalista de verdad, donde no se enseñe credo religioso alguno—y menos que ninguno, ese dogma católico que nos ha triturado, que nos ha tronchado la flor de la vida—y tendremos una España de hombres nuevos.

Andrés GONZALEZ BLANCO

Madrid, 7-XII-1910.

«Las ideas, esas pueras que todo el mundo ha poseído», como dijo Richepin, nos traen y nos llevan á los hombres, desde ha siglos, enzarzándonos en interminables y apasionadas disputas.

En nombre de las ideas, acometemos las más arduas empresas, aun á sabiendas de que tenemos la batalla perdida, y luego renegamos de ellas para buscar otras.

Maeztu afirma que no teníamos nada que decir los españoles, y que por eso, quizá, no acertábamos á encontrar una fórmula práctica en las especulaciones políticas.

Sin embargo, ¿cómo habiendo sido nuestra raza tan locamente idealista—conquistadores, místicos, poetas—, no hemos dicho nada de substancia, de trascendencia?

¿Y cómo, y esto es lo peor, tampoco hemos sabido aplicar de una manera fiel el espíritu reformador de los hombres de fuera de nuestros límites geográficos?

Yo confieso que no lo sé. Dudo si será en mí falta de dotes comprensivas ó falta de estudio. Pero el recuerdo de Costa, pesimista, me atormenta y me hace pensar si este mal de España no tendrá remedio.

Si hemos tenido cosas que decir, si. El pecado de andarnos siempre por las ramas de lo abstracto, nos lo hicieron perdonar con Pi y Margall y Costa.

¿Pero acaso la voz de éste—triste es decirlo—no se perdió en el desierto espiritual de nuestro frívolo egoísmo?

¡Despreciable egoísmo de nuestra raza, que no sabe más que reír por fuera!

¡Miserio pueblo de hombres ingeniosos—maldita observación de Belisario Roldán—, que disfrazan con el ingenio su debilidad y su sumisión de inferiores!

¡Qué gran lástima! Se va de España la fe y el optimismo y la confianza, y todos recelamos desalentados, tocados de un poco ó un mucho de escepticismo, volviendo los ojos siempre á la quimera de la tierra de promisión en América, y ahora ya hasta en África.

¿Política de ideas? Sí. Pero tengamos en cuenta que es una sola la idea fundamental de todas la religiones, de todas las filosofías, de todas las doctrinas políticas y económicas.

¿Cuál? La de encontrar el medio de que la vida sea cómoda y tranquila en lo material, refinada y quintaesenciada en lo espiritual, resignada y llena de consuelos, de esperanzas ó de fortalezas en el trance final.

Y esa idea, ese anhelo fijo, es el que engrandece ó empequeñece á los pueblos, según el grado de pasión colectiva.

Un poco de pasión hace falta aquí.

Si adquiriéramos mayor confianza en nosotros mismos, y nos hiciéramos algo crueles y bastante orgullosos y ordenadamente trabajadores, y desyjáramos de su cauce mortal nuestra abulia, entonces honradamente podría hacerse política, y nuestro entendimiento, mejor expresado, el del pueblo español, por su mayor grado de capacitación mental, pediría ideas, lo que llamamos ideas, es decir, una orientación.

Habría quien me salga al paso diciéndome que para esa obra hay el tremendo obstáculo de la insuficiencia, de la torpeza, del raquitismo espiritual de nuestros actuales partidos políticos. Conformes.

Prestemos atención al consejo de Spencer: «Las formas, sean políticas, religiosas ó de otra cualquier clase, que dejan de ser útiles y se convierten en

un obstáculo, deben ser destruidas, y así se verifica al cabo en todos los casos».

Pues obedezcámosle, y para hacer política de ideas, destruyamos algunas formas.

Francisco ESCOLA

«Su voracidad era tal, que no podía resistir el ayuno los días en que había de comulgar, y pidió al Papa le permitiese hacerlo después de haber comido. El Papa accedió al deseo del César, ¡cómo no!, y Carlos recibía el cuerpo del señor con la barriga bien repleta».—Mignet. (Carlos V, su abdicación, su estancia y muerte en el monasterio de Yuste.)

Los dos mercaderes

(por el Conde León Tolstoi)

Un pobre mercader de hierro viejo,
Al emprender un viaje,
Creyendo que seguía un buen consejo,
De otro mercader rico en la morada
Dejó su mercancía,
Que así estaba, á su juicio, asegurada.
Al fin de su regreso llegó el día,
Y á recogerla se acercó al momento;
Pero aquel avariento
Vendió con los objetos de su tienda
Del pobre mercader la escasa hacienda.
Pero disimulando, así le hablaba:
«Gran desgracia es la tuya;
El hierro en el desierto, cauto guardaba;
Pero hay muchos ratones imprudentes
Que te le han destruido con los dientes.
Ven, que quiero enseñarte sus despojos,
Creyendo al testimonio de tus ojos.»
El pobre camarada
No quiso armar cuestión, y así le dijo:
«No tengo que ver nada,
Y á tu dicho me aferro;
Así sabré desde este mismo día
Que comen los ratones hasta el hierro.»
Al salir á la calle vió á un muchacho
Que jugaba gozoso,
Hijo del mercader avaricioso:
Le llenó de caricias
Y de besos sin tasa,
Y estrechándole luego entre sus brazos,
Se lo llevó á su casa.
Topáronse en la calle al otro día,
Y el padre, acongojado,
Le habló de la desdicha que sentía,
Diciendo si él sabía
Dónde encontrar al hijo idolatrado.
El otro contestó: «Seguramente,
Ayer, cuando salí de tu morada,
Vi á cierto gavilán que diligente,
Abatiendo su vuelo,
Al pobre niño arrebató del suelo.»
El rico mercader, mortificado,
Le dijo: «No te burles de mi pena;
Nadie ha visto á un muchacho arrebatado
Por ningún gavilán.»

«No es cosa extraña
Que un gavilán se lleve á otras regiones
A un pobre pequeñuelo
Cuando comen el hierro los ratones.»
El epigrama el otro comprendiendo,
Dijo de esta manera:
«No lo comen á fe, según entiendo;
Yo tu hierro he vendido,
Y doble te daré lo que has perdido.»
«Yo celebro que así mi oído halagues;
Tampoco el ave arrebató al muchacho,
Que te devolveré cuando me pagues.»

Lo que cobran los reyes

Francisco José de Austria...	45 millones.
Nicolás II de Rusia.....	42 »
El sha de Persia.....	30 »
Guillermo II de Alemania...	22 »
Victor Manuel de Italia.....	16.800.000
El rey de Inglaterra.....	15 millones.
Alfonso XIII.....	9.100.000

Los presidentes:

Mr. Taft.....	1.600.000
M. Fallieres.....	¡300.000! pts.
Y tiene Francia 40 millones de habitantes; España, 20; y la riqueza de Francia es 12 veces mayor, por lo menos, que la de España.	

EL CULTO DE LA GUILLOTINA

Tres guillotinos, tres cabezas que iban á caer en un mismo día, en un mismo sitio, cortadas por una misma cuchilla, tres gestos diferentes de muerte, tres gritos diversos, tres dramas macabros... Y Francia, siempre ávida de sensaciones fuertes, corrió como para asistir á una fiesta hacia la lejana Valence... Y hoy todos los diarios vienen llenos de detalles siniestros relativos á la triple ejecución. Desde la víspera, según parece, una multitud nerviosa y curiosa había invadido el lugar donde el verdugo acababa de construir el cadalso. Los condenados no aparecen nunca antes de que nazca el día. Pero esto no importa. En París, como en provincia, los entusiastas de la ceremonia roja acostumbra pasar la noche entera esperando el minuto supremo. Es la velada de las fieras. Las mujeres, sobre todo, muéstranse glotonas en cuanto sienten el olor de la sangre. En la antigua plaza de la Roquette, allá en la época de la muerte de aquellos gloriosos señores del crimen que se llamaron Pranzini, Prado, Ravachol, no había medio de dar un paso sin encontrar á una actriz ilustre ó á una cortesana célebre.

Los historiadores aseguran que también solían verse ahí duquesas muy veladas y hasta damas de sangre real. Ahora la sangrienta panegírica se ha democratizado ó, mejor dicho, se han encanallado. Ya no son los sombreros floridos, ni los mantos de seda, ni los cuellos endiamantados, los que más abundan en los alrededores del cadalso. Son rostros lívidos de caballeros andantes del crimen, son caras pintadas de ramerías, son faces encendidas por el alcohol, son, formando la mayoría, figuras vulgares de burgueses y de obreros. La clase media, en efecto, es la que más empuje pone en ver cortar cabezas. «Es—me asegura alguien—porque como esa clase social es la que más sufre del creciente banditaje, tiene interés en asistir al holocausto». Es, creo yo, por curiosidad mal sana, por amor de los espectáculos crueles, por instinto feroz. Ya en otra ocasión, examinando las sorpresas de la vida parisiense, había yo escrito algunas líneas que hoy acuden á mi memoria. En París—decía—, ¡el dolor es el máspreciado de los espectáculos! Cuando en una calle un hombre cae, víctima de un automóvil, la gente se acerca, se amontona, le contempla. Y, sin duda, hay en esas multitudes una gran parte de piedad y otra gran parte de espanto. Pero hay también una parte de placer perverso, que los psicólogos modernos han analizado en más de una ocasión con crueldad. El ejemplo del público que va á los circos y que al contemplar los vuelos estupendos de los gimnascas piensa vagamente en el espectáculo de una catástrofe, es un fenómeno muy corriente. «Ese hombre—dice un espectador en el libro de Jean Lorrain—puede romperse los huesos á cada minuto. Lo que hace es muy peligroso. Lo que gusta en él es el calor que nos produce... ¡Si se le escapara la barra del trapecio!... ¡Con qué ruido tan seco se rompería la columna vertebral!... ¡Tal vez hasta un poco de sesos saldrían del cráneo roto y vendrían á salpicarnos!...» Esta salpicadura más ó menos material es lo que hace correr al París neurótico hacia todos los lugares en donde hay algo de muerte ó de dolor.

Si es el perfume acre de la sangre el que lleva á las multitudes hacia las plazas en donde se guillotina. Mientras más sangre hay, mayor es el entusiasmo. Hace apenas un año, cuando se restableció la guillotina, que el presidente Loubet no había querido, durante su período, dejar funcionar, el verdugo fué aclamado como un héroe.

—¡Viva Deibler!—gritaba la gente. Y cuando la primera cabeza cayó, un inmenso grito de júbilo elevóse en el ambiente. «La multitud—dijo entonces la Prensa—parecía estar ebria». En realidad lo estaba. Tenía la embriaguez de la sangre, la terrible, la imlucable, la incurable borrachera de la substancia roja.

Hoy uno de los telegramas de la Prensa nos trae un detalle que explica las escenas delirantes de Valence. «La sangre de los condenados—dice—corría por los rie-

les del tranvía hasta una distancia de cincuenta metros y la gente tenía los pies húmedos de sangre». Y, naturalmente, la Prensa se dice que sería mejor evitar detalles tan macabros como inútiles. Pero la verdad es que, puestos á pensar en lo que tiene de horrible y de vano el cadalso, no es ya sobre sus detalles, más ó menos fantásticos, sobre lo que había que epilogar, sino sobre su esencia misma.

—Seguramente—dicen los defensores de la guillotina—, seguramente si no se considerare la pena de muerte más que como una venganza social, sería una cosa odiosa. Sólo que debemos tener en cuenta que el temor de la muerte es lo único que contiene á los criminales. Los mismos bandidos que se rien del presidio, tiemblan ante el verdugo.

Las últimas ejecuciones, por desgracia, nos hacen ver que esto no es cierto. El temor de la guillotina ha hecho *faillite*, como tantos otros temores. Los asesinos suben al patíbulo con un heroísmo igual al de los héroes de la Revolución Francesa, que morían cantando un himno. Lo único que difiere es la forma del heroísmo. Hoy ya los himnos no están de moda. El que quiere probar su propio valor, lo que hace es reír. Y con cuánto cinismo rien los señores ajusticiados! Ved, por ejemplo, á David, el guillotinado de ayer. Dos carceleros fueron á despertarlo, diciéndole:

—Ha llegado la hora suprema.
—¡La hora suprema!—contestóles.
—¡Ah!... Ya sé... Pero, ¿por qué diablos ponéis caras de enterradores cuando aun no estoy muerto? Dadme más bien un cigarrillo y una copa de coñac.

Luego comenzó á vestirse, riendo á carcajadas.

—Creo—decía—que hubiese sido mejor dejarme dormir un par de horas más... El amigo Deibler no tiene tanta prisa como para quitarme el sueño...

Ya en la plaza pública, frente al instrumento trágico, su canchero arrojó no disminuyó ni un segundo. Como lo llevaban descalzo, lo primero que dijo al poner los pies en la tierra húmeda fué:

—Voy á resfriarme, señores, y mi alma va á llegar al infierno estornudando.

Al fin, ya con el cuello colocado en el madero fatal, aún gritó:

—¡Hasta mañana!...

Los otros dos guillotinos, aunque menos bromistas, tampoco demostraron una emoción muy intensa al encontrarse en el duro trance. Liottard, siempre frío, contestó al magistrado que lo exhortaba á tener valor:

—No se preocupe usted por eso.

En cuanto á Berruyer, buen cristiano, asistió á la misa con una impasibilidad absoluta, y cuando el capellán de la cárcel hubo terminado, levantóse y dijo al ayudante del verdugo:

—Vamos, amigo, vamos...

Lo único que los psicólogos han podido descubrir en la actitud de los bandidos modernos que ven llegada la hora—ó, mejor dicho, el minuto—de la expiación, es un deseo muy visible para ellos de ganar tiempo, de vivir aún algunos segundos, de retrasar el paso definitivo. Pero, ¿puede esto llamarse síntoma de un miedo real? Yo no lo creo. Yo me figuro que si ese deseo existe realmente, como lo dicen los sabios, es de un modo inconsciente. El animal humano, antes de dar el salto al abismo, se siente detenido por la atracción de la tierra. Es una debilidad de la cual no es responsable el ánimo. Además, el público, que no entra en sutilezas psicológicas, no se detiene á preguntarse si hay, en los actos de la fanfarronería de los que van á morir, una parte de miedo. Lo que le importa es lo que hay de impresionante en el espectáculo del franco y frío desdén que los malhechores demuestran ante la guillotina. «Después de la triple ejecución—dice un telegrama de *L'Humanité*—los aplausos fueron nutridos y saludaron, no el gesto del verdugo, sino la actitud de los ajusticiados». Esto no es de hoy. Cada vez que un hombre, por criminal que sea, sucumbe con arrojo, el pueblo lo aclama.

Si hay, no obstante, seres que no merecen ni la más leve simpatía ni la más desdeñosa piedad, son esos tres siniestros bandidos que pagaron ayer lo que se llama la deuda á la sociedad. La deuda era, en efecto, terrible. En una serie de aventuras tenebrosas habíanse mostrado no sólo

atrevidos y rudos y crueles, sino también innobles. En el bandolerismo, como en todo, hay grados y hay clases. Un bandido caballeresco, un Jaime el Barbudo que despoja á los avaros de lo que les sobra para darlo á aquellos á quienes todo les falta, puede convertirse en un héroe popular. Un asesino como Pranzini, que comete un crimen en un momento de locura, puede también ser admirado por la plebe. Mas una cuadrilla de sombríos obreros de la muerte que buscan de preferencia á los ancianos para correr menor riesgo, y que se complacen en atormentar como verdugos inquisitoriales á aquellos que caen entre sus garras, esos no pueden inspirar sino odio. Y los tres guillotinos de ayer fueron de éstos.

Liottard, fundador de la banda, era un hombre desconfiado, falso, frío, sin generosidad de ninguna especie. Entre sus compañeros había uno llamado Romanin, que solía apiadarse de las víctimas y que pedía á sus compañeros que no cometieran actos inútiles de crueldad. Una noche, cuando el jefe quiso quemarle los pies á una pobre anciana indefensa, Romanin se opuso á tal barbarie.

—Ya verás—le dijo Liottard furioso—, ya verás otros pies quemados...

Al día siguiente los marineros del Ródano pescaron el cadáver de un hombre que había recibido diez puñaladas por la espalda y que, además, tenía las extremidades inferiores carbonizadas. Era Romanin.

En general, no era el puñal el arma que empleaba Liottard. La muerte parecía demasiado fina cuando era ocasionada por una simple herida. Su herramienta preferida fué siempre una barra de hierro, con la cual golpeaba en la cabeza á sus víctimas, complaciéndose en ver cómo se rompía el cráneo y cómo los sesos manchaban el rostro. Intelligencia, no tenía ninguna. Sus crímenes estaban siempre tan mal combinados, que ni siquiera le producían lo necesario para vivir miserablemente. Según sus propias declaraciones, comprobadas por la policía, cada uno de los ocho asesinatos que cometió proporcionó, en término medio, cincuenta francos.

Berruyer tenía un alma de perro de presa educado para el crimen. Personalmente no combinaba jamás crimen ninguno. Pero en cuanto David ó Liottard ó Lamarque iban en su busca y le decían: «Ven á matar», el impasible bandido cogía su sombrero y seguía á sus amos. De un vigor físico inverosímil, era capaz de estrangular un toro con los brazos. En los casos difíciles, él era quien se encargaba de echar abajo las puertas, de romper las cadenas, de luchar contra los guardias. Ni los golpes ni las heridas producíanle la menor molestia. Con la mandíbula inferior rota, después de una expedición desgraciada, comióse cierta noche una gallina medio cruda sin manifestar el menor dolor. Durante su proceso, no pareció ni siquiera darse cuenta de que era su cabeza lo que estaba en juego.

—Yo no sé nada—decía.

Y cuando los testigos acudían á la barra para probarle que era él quien había cometido las mil atrocidades de que se quejaba la acusación, contentábase con murmurar:

—¡Bueno!... ¡Bueno!... Será lo que queráis... Yo ni me acuerdo ya de eso...

El único que en la trinidad espantosa tenía algo de humano, algo de sensible, era ese burlón David, que subió al cadalso con el cigarrillo en los labios y la chanza en los ojos. ¡Este sí que aparece cual el verdadero tipo del apache parisiense! En su adolescencia, siendo zapatero, había tenido una disputa con un camarada de taller. Tras la disputa había venido la lucha. De un golpe en el estómago, David mató al otro. En el acto su vida cambió de rumbo. Volver á trabajar era imposible. ¿Quién recibe á un asesino? Y, sin embargo, David sentía que aquella muerte no había sido un crimen. ¡Pero vaya usted á explicarlo á un juez! En vez de acercarse al Palacio de Justicia, el zapatero huyó de París y tuvo la suerte de encontrar en Valence ó en Tournon, á los que habían de ser hasta la muerte compañeros de hazañas criminales. Fanfarrón como buen parisiense, el neófito trató, desde luego, de sobrepujar á todos los bandidos de la Drome en valor y en atrevimiento. Sólo en crueldad no llegó nunca

á igualarse á Liottard. Pero, aun siendo inferior al maestro, siempre fué de una ferocidad increíble. ¿quién no lo era en la cuadrilla! En cuanto los tres bandidos penetraban en una casa, comenzaban por matar á los que les parecían inútiles ó molestos. Los niños, desde luego, morían con el cráneo roto por la barra de hierro implacable. Sólo los *amos* quedaban vivos para indicar el sitio de los tesoros. El colosal Berruyer los colgaba de una viga. En seguida encendía una antorcha, que la aplicaba bajo las plantas de los pies descalzos.

—¿Dónde está el dinero?—preguntaba Liottard.

—No lo tenemos—gemían las víctimas, que en realidad eran, por lo general, pobres campesinos, propietarios de campos y de ganados, pero no de billetes de Banco.

—Quema más—ordenaba el jefe entonces.

Para apagar los gritos de las víctimas, se les metía en la boca trapos empapados en petróleo, á los cuales, en el momento de marcharse, Liottard prendía fuego.

Pero todos estos horrores, que en el momento del proceso hicieron estremecer á toda Francia, hoy están casi olvidados.

¡Hay tantos crímenes en este dulce país! Así, los que asistían ayer á la triple ejecución, cuando aplaudieron el heroísmo burlesco de los terribles apaches que iban riendo hacia la guillotina, es probable que no se acordaban de ninguna de sus crueldades y que sólo sabían, vagamente, que se trataba de tres asesinos vulgares.

E. GOMEZ CARRILLO

(Del libro *Cultos profanos*, próximo á publicarse.)

«Y yo afirmo que en España no existen escuelas, ni alumnos, ni profesores, ni útiles de trabajo; que los Institutos y las Universidades son, por regla general, fábricas de hacer bachilleres y licenciados que van á engrosar el proletariado de levita; y que en el profesorado, fuera de muy contadas personalidades, pertenecemos casi todos, por falta de medios ó por ausencia de vocación, á esa turbamulta de medianías insignificantes, como si representáramos desde la altura de la cátedra el agotamiento, la esterilidad intelectual de la raza.»

Alfredo CALDERON

Informaciones de "La Palabra Libre,"

Como el sentimiento revolucionario tiene bastantes adeptos y contrarios en el pueblo español, iniciamos la siguiente información ó *enquête*, cuyos resultados-conclusiones juzgamos interesantísimos para todos.

¿Cree usted necesario el empleo de la violencia para derribar el régimen?

¿Qué fines inmediatos reportaría al país?

Si es usted revolucionario, ¿por qué lo es?

Si no es revolucionario, ¿cree usted más eficaz el sistema evolutivo: cultura, educación, escuelas, etc.?

¿Por qué no es usted revolucionario?

Las respuestas deberán ser breves, claras, concisas, y no traspasar los límites de la cuartilla. Para tomar parte en nuestra información, es indispensable suscribir el cupón que va en séptima plana.

RESPUESTAS

España, en el estado en que se halla, no puede esperar su redención sino por medio de la violencia.

Desaparición de las inmundicias actuales, abolición del clericalismo entronizante, implantación efectiva de la ciudadanía, libertad, igualdad, democracia en una palabra. He aquí los beneficios que reportaría rápidamente á la nación.

Soy revolucionario por considerar incapaz á la monarquía para realizar la obra progresiva de que tan necesitado está el pueblo español.

A mi juicio, resultaría ineficaz el sistema evolutivo, por la acción que ejerce el clericalismo sobre las escuelas y centros de cultura oficiales y la mayoría de los particulares, uniéndolo á esto la imposibilidad absoluta de establecer la escuela laica como no sea por medio de la revolución.

Manuel GARCIA

Hoy día, si; aunque con ese sistema imitaríamos la conducta de los reaccionarios y el cambio de régimen no sería duradero, porque la

violencia engendra represalias particulares que, aunadas, podrían malograr las mejores intenciones.

El cambio de régimen traería como fin inmediato la economía del presupuesto de la Corona, de toda su parentela y de las anexas á esa potestad; y descargaría al Estado del pago de obligaciones eclesiásticas cuyos gastos suelen ser contraproducentes.

No soy revolucionario en el sentido de hacer prevalecer las ideas republicanas por la fuerza, porque es preciso romper rutinas y supersticiones conservadas por los fanáticos en el corazón de la gente sencilla é ignorante; pero sí soy revolucionario por el deseo que tengo de derribar este régimen infecundo, propagando sin descanso las ventajas de una República bien organizada en la que gobiernen hombres eclécticos, doctos, desinteresados, humildes y de reputación reconocida por todos, que atiendan con preferencia á la educación y cultura de los ciudadanos jóvenes y de la mujer.

Julio DE ARAOZ

LAS DENUNCIAS

El fiscal, las cosas enérgicas, los amigos y «La Palabra Libre».—Una noticia oficial.—Un mal sistema.

Varios amigos que tienen la benevolencia de leernos y aconsejarnos, nos instan, desde la aparición de este periódico, á que digamos cosas fuertes para que el periódico resulte enérgico.

Los que formamos la redacción nos preguntamos con cierta perplejidad: ¿tienen razón nuestros amigos? Sí, tienen razón. Los jóvenes han de decir cosas fuertes, cosas detonantes, enérgicas. Sin embargo, antes de abandonarnos á la espontaneidad de nuestras ideas, nos inquieta un tercer personaje, que bien pudiera ser en la ocasión presente el buen ladrón: el señor fiscal.

Hemos retirado de la platina, en el número anterior, varios trabajos *denunciables*, y se nos comunica oficiosamente, que sólo por nuestro título, LA PALABRA LIBRE, y por el primer número, que juzgamos modestamente inofensivo, vamos á ser perseguidos.

Un periódico, por modesto que sea, es una cuestión de dinero. Los propietarios de LA PALABRA LIBRE estamos dispuestos á todo; pero no á que por el sistema de las denuncias se nos estafen unas pesetas, que bien pudiéramos aplicar á otros menesteres de nuestra vida.

A pesar de esto, incurriremos, inexorablemente, en los rigores de la denuncia. Es nuestro propósito.

La denuncia es una paradoja española. Ved que se dice española, es decir, una confusión de autoridad y arbitrariedad; de lógica é irreflexión. Es decir, que se trata de una paradoja antieuropea. El Estado

debería velar, según parece, á primera vista, por la propiedad mobiliaria de los súbditos, y no es así; un periódico es un título de propiedad, y el Estado, ó el fiscal, ó el excelentísimo señor ministro de la Gobernación, nuestro querido amigo particular (prosa parlamentaria), para castigar supuestos y caprichosos delitos de opinión, entra á saco en los periódicos é imposibilita su vida. Contra estas vergüenzas van á ser poco el metro cúbico de sangre de nuestro amigo Sr. Grandmontagne y las hoces de Joaquín Costa.

En esta situación, LA PALABRA LIBRE espera encarrilar su rueda administrativa para disponerse á ser denunciada y encarcelados los señores á quienes se nos ha ocurrido escribir en ella.

El sistema ya no puede llamarse turco, ni portugués; habría que calificarlo con el derivativo de algún pretendiente mogrebino.

Lo peor es que las instituciones, la plutocracia y los políticos que viven mirándose á un espejo; que ignoran lo que se mueve y trama á su alrededor, se lamentan de que el *cieno del arroyo* y las *cosas de la calle* enturbien su vida privada y su gestión administrativa. ¿Falta razón para ponerlos en entredicho? Acerca de otras elevadas personas—á quienes no queremos faltar al respeto—, se propalan rumores inverosímiles.

Ese estado de opinión, por miedo á la coerción y al castigo, no cristaliza en la prensa, donde podría ser discutido, contrastado y reducido á un justo medio.

El sistema es malo para los periódicos, para las imprentas y para los editores; pero, al final, será también de pésimas consecuencias para sus entronizadores.

Juan GUIXE

VIDA REPUBLICANA

FRATERNIDAD

Todos los periódicos que aparecen en España son saludados y vitoreados por colegas y correligionarios; nosotros, excepción hecha de *El País*, *El Liberal* y *El Motín*, hemos sido recibidos por todos con desdén manifiesto.

¿Se debe á que hemos prometido decir las verdades y hemos comenzado á cumplir nuestra promesa?

Si así es, queridos correligionarios, fíren la cara, no el espejo.

Nosotros no entramos en la composición que desde hace años dice, grita y canta:

Hoy por ti,
mañana por mí,
sólo nosotros valemos aquí.

De forma que, al extrañarnos del reino de la cortesía, se han adelantado á satisfacer nuestros deseos.

Y conste que nuestras palabras anteriores no son de lamentación ni de amenaza.

Los chulos imponen la comedia del amor á sus mujeres á golpes de navaja.

El Dios de los cristianos también castiga con el infierno á quien no le ama sobre todas las cosas.

Y nosotros no somos chulos ni dioses. De aquí el que nos podamos pasar sin elogios mentidos y sin incienso.

Quedamos, pues, en que formamos rancho aparte de la fraternidad republicana.

Y así podremos decir, sin miedo á quebrantar ninguna disciplina, que no estamos conformes con el procedimiento ni con la organización de un partido que sólo sirve para elevar mulas á los Ayuntamientos y camellos á las Cortes, salvo excepciones contadas y honrosas.

Que, mientras nosotros vivamos, habrá mordazas para los hombres de comités y trabas para los candidatos profesionales.

Que se acabaron para siempre los sabios ungidos en tertulias de compinches.

Y que, en adelante, no ha de pasar quien no sepa en dónde tiene su mano derecha y haya probado, además, amor á la idea, desinterés, honradez é inteligencia.

Recojan el guante los que en antros misteriosos confeccionan, á la luz del candilejo de su egoísmo, la candidatura para las próximas elecciones.

PARA «LA MAÑANA»

Ya lo ve usted, colega; también á nosotros nos parecen ridículos y despreciables muchos de nuestros correligionarios; pero de esto á meterse todos los días con los pantalones de don Juan Sol y Orlega, va tanta distancia como de Velista al último Silvela.

¿O es que quieren ustedes vengar los pantalones de Lacierva?

Pero no; lo que ustedes quieren es distraer la atención de los *chaqués* de Canalejas, hermanitos de los que lucía Emilio Carreras en escena. Y ha tenido la suerte de que nadie se meta con ellos.

¿Qué suerte tiene D. José!

Desde que el citado colega nos contó que los republicanos que asisten al Congreso como espectadores, pidieron al Sr. Romeo el tabaco que llevó para enseñar al Gobierno cómo nos envenena la Arrendataria, nos hemos dedicado á preguntar su filiación política á cuantos hemos visto coger colillas en público.

Y he aquí la estadística formada:

Canalejistas, 3.

Romanonistas, 27.

Mauristas, 90.

Monteristas, 109. (Todos, menos los miembros de la familia.)

Carlistas, 3 y un cura.

De la Juventud conservadora, 4.

Ya lo ve nuestro querido colega; no son sólo los republicanos los que se conforman con fumar mal, con tal de que sea de balde.

Y en los republicanos es lógica la disculpa: llevamos treinta y siete años escupiendo, mientras los Silvelas y sus compinches fuman.

¡QUE HABLE MACIAS!

El Sr. Romero Arroyo ha celebrado con el Sr. Macías del Real una interviú puramente lírica.

La hemos leído con avidez, con la misma avidez que hemos asistido á sus discursos y conferencias, y no hemos encontrado la denuncia concreta de lo que vió en el expediente famoso que le costó la carrera y á nosotros nos ha valido la dicha de contar al Sr. Macías entre nuestros correligionarios.

Y, la verdad, ya era hora de que el ex auditor dijese algo de lo que tan guardado tiene.

Bueno que guarde la parte mejor para cuando sea diputado, pero que nos anticipe una *miñita*.

La Juventud conservadora se ha tomado la libertad de decir que el señor Macías no guarda nada, y, en apoyo de su opinión, alega que aquí somos muy maestros en la confección de expe-

dientes, como lo prueba el premio que nos dieron en Bruselas.

Nosotros creemos en el Sr. Macías, y no en la Juventud conservadora.

Pero creemos muy necesario que el Sr. Macías hable. Porque, *si luego resulta que no hay cielo...*

Conste que á los republicanos, desgraciadamente, nos resulta esto con mucha frecuencia.

EL PROCESO FERRER

Si alguno de nuestros padres graves no lo considera inoportuno ó antipatriótico, y si algún sabio no propone otra fórmula como la de los Consumos, que tanto gusto dió al arrendatario y tan mal parados dejó los prestigios del partido republicano y de su representación concejil, comenzará en breve en el Congreso el debate sobre el fusilamiento de Ferrer.

Nuestros diputados tendrán en cuenta que aguza Europa sus oídos para escuchar las palabras que pronuncien.

Y ¡ay de nosotros si no se llega á la revisión del proceso y á rehabilitar la memoria del mártir!

A triunfar en esto, correligionarios, y les perdonaremos todo lo demás. Hasta el que se asignen dietas.

PARA LOS CONCEJALES

REPUBLICANOS

¿Presentó instancia el arrendatario de los Consumos para la prórroga de su contrato?

Entérense y remítannos copia de ella para su publicación, porque es chistósimo esto de que le hayan concedido lo que no consta que pidiera.

O lo que pidió al oído de ministros en vez de hacerlo en forma legal.

Siquiera que vaya documentado ese regalo que le han hecho las Cortes al infeliz.

LOS JESUITAS

(Por Montesquiu)

Si los jesuitas hubiesen venido antes de Lutero y de Calvino, habrían sido los dueños del mundo.

Yo tengo miedo de los jesuitas. Si ofendo á algún grande me olvidará, le olvidaré, marcharé á otra provincia ó á otro reino; pero si ofendo á los jesuitas en Roma, me los encontraré en París y me cercarán en todas partes; la costumbre que tienen de escribir continuamente perpetúa mis odios.

Para expresar una gran impostura dicen, con razón, los ingleses:

«Esto es jesuiticamente falso.»

Cuando veo á los viejos demócratas, rodeados de instituciones democráticas por todas partes, que se creen todavía en edad de propagar, como ahora se dice, surgen á una en mente aquellas viejas setentonas que, rodeadas de nietos, se creen todavía en edad de parir.

CASTELAR

REBELDES

Después de trazar sobre la satinada cuartilla el epígrafe de este artículo, he sentido deseos de lacharlo con la pluma bien cargada de tinta, sustituyéndolo por el primero que viniera á la mente.

¡Están tan desacreditados los rebeldes!

La rebeldía, que es santa cuando mediante ella afirma su personalidad un individuo ó un núcleo de individuos que aporta algo nuevo al rico caudal de ideas de la Humanidad; la rebeldía, que es virtud de los hombres sinceros, ha venido á convertirse en vicio de impotentes y en repulsivo procedimiento de miedo.

Sentimos cierta predisposición á rebelarnos contra todo. Nos rebelamos contra la lógica, contra el trabajo, el sentido co-

mún y hasta contra el aseo personal; pero rebelarnos contra los necios encumbrados, los analfabetos influyentes ó los políticos en alza, contra los fomentadores y mantenedores de toda una farsa político-social... ¡Ah! Para eso hay que sacrificar muchas pequeñas cosas, y hasta ese punto no llega la abnegación de nuestros caracterizados rebeldes.

Resulta, por tanto, algo depresivo excitar á la rebeldía, y, sin embargo, si no queremos negarnos á nosotros mismos, hemos de acudir á ella, hemos de colocarnos en la parte acá de esa línea ideal, trazada en la historia, de que nos hablaba Ramiro de Maeztu en su admirable conferencia.

Las generaciones se enlazan unas con otras, y allí donde escribe su última idea la que muere, graba su primera negación la que nace, y todas han de marcar su huella en las ciencias y en las artes, porque, de lo contrario, quedaría cortada la historia y detenida la marcha progresiva de la Humanidad.

Esta ley natural parece que no alcanza á nuestros partidos políticos. Sus directores se llaman á sí mismos, con cierto orgullo, los hombres del 68. Algunos, muy pocos, avanzaron hasta el 73. Los que se conceptúan renovadores, se limitaron á poner un ribete federal en el programa progresista, revocándolo después con unos brochazos de bermellón.

Y unos y otros pretenden gobernarnos en el año diez del siglo XX con esos programas rancios y polvorientos, admirables joyas históricas por las que sentimos un compasivo respeto en atención á que tuvieron héroes y mártires que, caso de necesitarlos, no encontrarían seguramente entre sus actuales depositarios.

Es imposible sumarse á ninguna agrupación sin abdicar las ideas y la propia persona ante los dogmas establecidos.

Las fuerzas políticas españolas están encerradas en moldes minúsculos y raquíticos.

Lo que debía ser corriente de agua cristalina y fecundante, es, por su estancamiento, charca pestilenta que infecta el ambiente.

Urge, pues, romper los moldes y poner esas fuerzas en movimiento, para que ellas, por su propio peso, busquen el cauce natural y marchen por caminos cortos y seguros á la conquista del ideal.

Para ello necesitamos de una mano fuerte que empuñe el mazo, y esta mano puede ser la de una juventud impetuosa, iconoclasta, irreverente, rebelde en suma. Pero de una rebeldía que no descienda á la licencia en el lenguaje ni á la grosería del insulto; que discuta á los hombres después de analizar sus ideas, su capacidad y la honradez de sus propósitos.

Y para tener esto hemos de prescindir de los exaltados profesionales de la rebeldía, reservando una sonrisa despreciativa para cuando quieran abrumarnos con el calificativo de indisciplinados los que en la perpetua indisciplinación buscaron una preponderancia que amparase el desarrollo de sus ambiciones y de sus iniciativas mercantiles.

Enrique BAREA

Rindiendo culto á la actualidad, hemos retirado el trabajo sobre Rizal, anunciado en el número anterior, para dedicar nuestra primera plana á D. Benito Pérez Galdós y su hermosa obra.

En el próximo número pagaremos al público nuestra deuda.

CRÓNICA SOCIAL

Como todos los años por esta época, se ha presentado el pavoroso problema de la miseria, pero ahora con caracteres de intensa gravedad. En corto espacio de tiempo han fallecido seis ú ocho individuos de inanición. El espectáculo, ni nos apena ni nos indigna. Acostumbrados á estas macabras escenas, cuando leemos un nuevo caso, sólo se nos ocurre decir: ¡Otro más! Caen no sólo los ancianos, los débiles, los impedidos para el trabajo, sino los hombres vigorosos y útiles, los que quieren trabajar y no lo hallan, dándose el triste es-

pectáculo de morir de hambre en plena lucha por un pedazo de pan. Como siempre que esto sucede, sólo se ha ocurrido á las clases directoras el recurrir á la caridad como suprema panacea. No; el problema social es de alguna complejidad y no se remedia con suscripciones ó funciones benéficas, que en la mayoría de los casos son pretextos con que satisfacer las propias vanidades.

El que en la actualidad preside el Consejo de Ministros, es de los gobernantes que más han buceado en el problema social, y no se le ocultará á su inteligencia los medios que evitarían tan grave mal. Pero el Sr. Canalejas se ha olvidado de todo su lastre democrático y social y no hará nada.

En Barcelona ha terminado la huelga de metalúrgicos mediante acuerdo tomado por los obreros de volver al trabajo. La huelga ha durado cuatro meses y quedan veintín obreros presos y cuarenta y seis procesados.

Ha terminado la que en Madrid habían planteado los obreros á la casa «Madrid-Automóvil». Los obreros triunfaron. También les ha acompañado el triunfo á los agricultores de Alginet; descargadoras del muelle de Coruña; toneleros de Torrente; cerrajeros de Valencia y toneleros de Valls. Todas estas victorias las han obtenido después de una huelga más ó menos larga.

Los cargadores de carbón del puerto de Barcelona se han declarado en huelga como protesta al empleo de máquinas para realizar este trabajo.

Continúan en huelga los curtidores de Palma de Mallorca; los tipógrafos del periódico *El Principado*, de Gijón; los canteros en las obras de la Necrópolis de Madrid; los obreros panaderos de Guadalajara; los operarios de la Casa Magín de Zaragoza y otras varias.

Desde que rige la ley de Accidentes del trabajo han muerto 3.000 obreros, han sufrido lesiones graves 7.250 y heridos levemente 197.000...

Cada año resulta, pues, una promedio de 300 muertos, 725 heridos graves y 19.700 leves.

FAUSTO

BUFETE POPULAR

GRATUITO PARA LOS SUSCRIPTORES DE «LA PALABRA LIBRE»

Quienes deseen el consejo de un letrado, pueden enviar por correo la consulta en forma detallada y clara, y escrita en forma legible, y cuando les corresponda en turno, dado el espacio que á esta sección dedicamos, encontrarán aquí evacuada la consulta.

Cuando desee el informe escrito en papel sellado y con mayor amplitud y detalle, acompañen á la consulta una libranza por valor de 25 pesetas.

Esta correspondencia pueden dirigirla los señores suscriptores á D. Eduardo Barriobero y Herrán, abogado, Barco, 2, principal, Madrid, cuidando de no involucrar en ella asuntos políticos, administrativos, ni literarios.

D. Rafael Fernández.—Nerva.—J. P. P. debe instar del Juzgado de Valverde que le declaren heredero de D. Juan Pérez Rodríguez, y cuando lo hayan hecho, requerirá á los actuales poseedores de la mina para que le entreguen el importe de las rentas devengadas, y desahuciarlos si le conviene, dándoles para ello el plazo de tres meses.

Es Juzgado competente el de Valverde del Camino, y deben ustedes ponerse al habla con un procurador de dicho Juzgado para que les lleve el asunto, comenzando por la demanda de pobreza. El mismo procurador les facilitará letrado que se avenga á cobrar cuando el asunto termine.

Cuando me digan, les certificaré los documentos.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

J. L.—Becerra (Lugo).—Haremos campaña contra los foros. Manden datos. Se remitirán los 11 recibos. Conformes con su petición.

A. R. C.—Huelva.—Tiene usted razón; son 25; importan los cuatro paquetes 6 pesetas. Se publicará lo que manda.

A. M. G.—Cabeza del Buey (Badajoz).—Recibidas 4,50 pesetas. Conformes.

Aviso importante á nuestros suscriptores

Los suscriptores que deseen que les sigamos sirviendo el periódico, deberán remitirnos el importe de la suscripción antes de publicado el número próximo; de lo contrario, sintiéndolo mucho, suspenderemos el envío á partir de este número á los que no liquiden ó justifiquen su demora en el pago.

No admitimos sellos en ragos de más de una peseta; deben hacerse en libranza de la prensa, sobre monedero ó análogo. Los sellos tienen un 25 por 100 de descuento, que han de sufragar nuestros abonados.

Admitimos donativos en tanto no se consolide económicamente el periódico.

LA ADMINISTRACION

LIBROS Y REVISTAS

John Chamberlain.—«El atraso de España». Sempere, Valencia, 1910.—Este Chamberlain conoce España lo mismo que un viajante de comercio. Su obra está exenta de inquietudes espirituales, de curiosidad filosófica. Hay algún capítulo, sin embargo, de manida psicología. El mérito del libro está en la parte administrativa y práctica, y en juicios rápidos, superficiales, sobre ciudades y cosas. Por lo demás, es también de poca originalidad. La documentación es sólida y las generalizaciones las conoce el autor. Su desorientación literaria es sólida también. Chamberlain se permite citar como dramaturgo á Arniches...

Informaciones de

LA PALABRA LIBRE

D.
Calle de
vecino de

(Remítase en sello de un cuarto de céntimo, bajo sobre, haciendo constar: *Original de imprenta*.)

La Palabra Libre

PERIÓDICO REPUBLICANO DE CULTURA POPULAR

«Defiende la transformación del régimen por la instauración rápida, sin dilaciones de la República, ejercitando todos los medios del derecho moderno; aspira á la nivelación europea de España en todos los órdenes de la vida, á difundir é influir de una manera sencilla y comprensible la cultura popular.»

Administrador: Ramón Martínez Sol.—Corresponsales: París, I. L. Lapuya; Barcelona, J. Bordas; Cáceres, Juan L. Cordero

SUSCRIPCIONES

MADRID: Un mes	0,35 pesetas.	PROVINCIAS: Trimestre	1,20 pesetas.
— Trimestre	1,00 —	— Semestre	2,40 —
— Semestre	2,00 —	— Año	4,50 —
— Año	4,00 —	EXTRANJERO: Año	8,00 —

Se publica los domingos.—Ejemplar, 10 céntimos en toda España.—Inserciones á precios convencionales.

Las suscripciones se remiten recortando el cupón adjunto, bajo sobre, en sello de cuarto de céntimo.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. vecino
de calle de
núm. piso provincia de
se suscribe por un á La Palabra Libre.
..... á de de 19

El suscriptor,

El administrador,

BOLETÍN DE DONATIVO

D. vecino
de provincia de
que vive calle de núm. piso
entrega á La Palabra Libre en concepto de donati-
vo la cantidad de pesetas céntimos.

Firma.

Bodega Central
DE
Feliciano Blanco

Hilario Peñasco, 9 (antes Carbón)
MADRID

LA CIBELES
GRAN FÁBRICA DE CONSERVAS

DE
A. Rodríguez Reyes
Bretón de los Herreros, núm. 19
MADRID

Fumadores

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y alivia en la tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias.

Frasco para 500 gramos de tabaco, una peseta.—Victoria, 6 y 8. Farmacia.

ESCUELA BERLITZ
ENSEÑANZA DE IDIOMAS
PRECIADOS, NÚM. 9

Clases de Francés, Inglés, Alemán é Italiano

Honorarios: 15 pesetas mensuales.
— 40 idem trimestrales.

Lecciones particulares en la Academia y á domicilio

El METODO BERLITZ es el más rápido para la enseñanza de idiomas y está consagrado por más de treinta y cinco años de práctica.

CARABANA
AGUAS NATURALES

NaO. SO³, 10HO gramos 257 = NaS. O gramos, 0499

Interesa á todos saber:

- 1.º Que no existen otras aguas salinas sulfatadas, sulfatado-sódicas que las de CARABANA.
- 2.º Que no existe tampoco ningún otro verdadero manantial de aguas purgantes en explotación que el de CARABANA.
- 3.º Que los demás llamados manantiales, son solamente aguas recogidas en hondos pozos ó charcos, producto de exudaciones de terrenos, salitrosos, MAGNESICOS Y POTASICOS, sales nocivas y altamente perjudiciales al organismo humano.
- 4.º Que en el manantial de CARABANA todo es público y todo el mundo puede tomar gratuitamente el agua al nacer, para toda comprobación necesaria.

Son *Purgantes y Antibiliosas*, por su sulfato de sosa; son *Depurativas*, por su cloruro de calcio, y son *Antisépticas, Antiherpéticas y Antiescrofulosas*, por su sulfuro de sodio.—Declaradas por la Ciencia Médica como regularizadoras de las funciones digestivas y regeneradoras de toda la economía y organismo. Son el mayor depurativo de la sangre alterada por los humores ó virus en general.

La salud del cuerpo interior y exterior

Opinión favorable médica universal, con 30 grandes premios, 12 medallas de oro y 10 diplomas de honor.

Se vende en todas las farmacias y droguerías de España y colonias; Europa, América, Asia, Africa y Oceanía.

ALMACENES-DEPÓSITOS: DOCTOR FOURQUET, 27

Los pedidos y correspondencia al propietario:

J. CHAVARRI, Lealtad, 12
Apartado de Correos 239. MADRID

REGALO

NUESTROS LECTORES

Remitiendo este cupón y DOS PESETAS en libranzas, recibirán certificada á vuelta de correo, la obra de E. Barriobero y Herrán,

SYNCERASTO EL PARÁSITO

novela de costumbres romanas, que se vende á 3 pesetas en las librerías.

Solución Benedicto
de glicero-fosfato de cal con **Creosotal**

Para curar la tuberculosis, bronquitis, catarros crónicos, infecciones gripales, enfermedades consuntivas, inapetencia, debilidad general, neurastenia, caries, raquitismo, escrofulismo, etc.

Frasco, 2,50 pesetas

Farmacia del Dr. Benedicto

San Bernardo, 41. Madrid

Teléfono 634

y principales farmacias

La revolución en España

La está haciendo la casa Somoza, Montera, 5, desde que estableció los precios de las hechuras de traje de americana con forros superiores, á 20, 25 y 30 pesetas y de gabán, á 30 y 40.

Grandes existencias en pañería, impermeables superiores y abrigos de señora.

Casa SOMOZA.—5, Montera, 5.

NATIONAL
CAJAS REGISTRADORAS



Exposición, Oficinas, Talleres:

Preciados, 11. — Madrid